

PRIMAVERA

David Rodríguez Cordón



© Todos los derechos reservados.

Diciembre 2015. 1ª Edición

Impreso en España / *Printed in Spain*

Allí abajo. En el silencio de la penumbra. Sin nadie a quien dar conversación. Aburrido. Contaba las horas para que llegarán las 08:00 a.m. y que Philip le diera el relevo. Acababa de ser padre, como aquel que dice, y llevaba más de cinco meses fuera de casa. Ya tocaba regresar al hogar.

Hacía poco que había ingresado en la policía militar. Aunque era más bien patoso y tenía pocas cualidades físicas, un empujoncito por parte de su padre –laureado Coronel del Ejército, que sirvió en Corea, Vietnam e Irak- le sirvió para hacerse un hueco en el cuerpo y también en aquel fascinante proyecto. Pero... a pesar de ser un genio de las Ciencias, más exactamente el tercero de su promoción, lo más cerca que estuvo de aquellas cosas fue como «vigilante». Claro, allí solo estaban los primeros.

Las custodiaba durante las noches. Y seamos claros, todos nos imaginamos a ese militar tieso como un poste y con cara de malas pulgas, empuñando su M4 en la puerta de entrada, pendiente de que nadie sin permiso accediera al lugar, posiblemente, de máxima seguridad jamás conocido. Pero no era así. Metro setenta y pico, enclenque, rubio, con gafitas de pasta y bien afeitado, impresionaba poco o nada, la verdad.

A esas horas, solo quedaba él en la planta menos dieciséis. De haber personal en la base, sería en la uno o la dos. Por eso, deambulaba de un lado para otro por la zona restringida con total tranquilidad. ¿Cámaras de seguridad? No se instalaron. “Mientras menos pruebas de que esto existe, mejor”, decían sus responsables.

Los minutos continuaban transcurriendo lentos y pausados. Junto a uno de los ordenadores había un periódico. El *New York Times*. Miró la fecha y era de hacía un par de días: 23 de octubre. Decidió dar

un rápido vistazo, buscando un efímero entretenimiento. Hasta casi la mitad del rotativo solo se hablaba de las fuertes tensiones entre Obama y Putin de los últimos meses. Estados Unidos y Rusia no pasaban por su mejor momento y la situación entre ambos se había convertido en un auténtico polvorín. Siguió ojeando y, casi al final, se detuvo con más detenimiento en un reportaje concreto. Además del contenido, le llamó la atención de que esa información estuviera marcada a rotulador rojo, destacando así sobre el negro de la tinta.

“¿Si pudieras viajar en el tiempo y matar al Hitler bebé, lo harías?”

El soldado, y científico frustrado, no podía pensar en otra cosa: ¿sería esa la nueva misión en la que estaban trabajando ahí abajo? Tras descubrir una de las primeras noches cómo murieron verdaderamente Jesucristo, Julio César o Napoleón, no era de extrañar. Cambiar o reemplazar su final original, es decir, el auténtico, por el que todos conocemos hoy día en los libros de Historia -vete tú a saber con qué fines-, era el principal objetivo de la misión *Wells 15*. Tenía perfectamente asimilado qué se hacía en aquellas instalaciones. Al principio le fue difícil de imaginar, luego le invadió una constante reflexión y hasta que finalmente se convirtió en una rutina diaria. Está claro que un policía militar cualquiera no se habría enterado de la misa la media qué significaba toda esa documentación clasificada que inundaba las mesas y en qué consistía realmente el proyecto que defendía con su vida. Pero él no era cualquiera. Además de contar con ese gran «enchufe» del que hemos hablado, sus estudios le proporcionaron los

conocimientos suficientes como para descifrar la información en clave que allí se hallaba, y que desde que comenzó el trabajo no dejó de husmear. Eso sí, siempre con mucha cautela y dejando todo en su sitio tal y como estaba. Saber leer e interpretar tanto número y letra juntos solo era propio de un gran cerebro. De un físico, como él. Desmañado, pero físico al fin y al cabo.

Había dos esferas individuales. De unos dos metros de diámetro, cada una podía transportar a un solo «turista» y viajar por separado. Aunque lo habitual era que los «paseos» se hicieran en pareja. Cada misión entrañaba sus peligros. Los «turistas» llevaban siempre encima una especie de bandolera, acorde a la época que visitaban, en la que portaban una pequeña memoria USB camuflada en algún artículo perteneciente a ese momento exacto. Una memoria digital en la que se explicaba cuál era el final del personaje, cuyo destino iban a manipular, en el momento de la salida. Así, a su regreso, como los cambios ya estarían plasmados en los libros y habrían sido asimilados por la conciencia colectiva, los científicos del presente podrían determinar si el «paseo» había sido o no un éxito. Una paradoja en toda regla. El equipo sabe que sus hombres han salido a «pasear» por el tiempo y por el espacio, pero estos cuando vuelven deben explicarles para qué se marcharon. Los «turistas» estaban sometidos a una actividad neuronal enorme. Incluso, se había comprobado un envejecimiento prematuro. Pero nadie podía resistirse a aquellas misiones. Por eso, a pesar de los peligros que entrañaban, siempre sobraban voluntarios. Ningún miembro activo del proyecto tenía familia. Así, todo se digería mejor.

Si fuera, nadie se percataría. Establecería los parámetros para volver en este justo momento. Bueno... quizás algunos segundos más tarde, para no encontrarme conmigo mismo, y sonrió.

Era un gran aficionado a la Segunda Guerra Mundial. Su abuelo luchó como un héroe en la Batalla de las Ardenas. Lógicamente, no pretendía tocar nada y mucho menos matar a Hitler, pero la curiosidad de viajar hasta la primavera de 1889 y conocer al bebé que más tarde se haría llamar *Führer*, le atraía. Y mucho. Además, esa era su última noche. ¿Por qué no?

No hacía falta ningún traje especial o artefacto que conectar a las vías respiratorias o al corazón, para teletransportarse. Eso sí, se debían tener en cuenta dos cosas fundamentales, de las cuales, nuestro amigo, solo estaba provista de una: necesitaba ropa de ese período. Algo que no supondría ningún problema, pues en los grandes armarios del fondo se guardaban por siglos, desde el XVIII a. C., todo tipo de vestimentas. Y segundo, pero no menos importante, debía dominar la lengua de la fecha y el lugar hasta el que pensaba ir. Y, desde luego, alemán sí que no hablaba. Pero desde hacía algunas semanas, los desarrolladores habían fabricado un prodigioso audífono, así como una gargantilla a juego, que... ¿se lo imaginan ya? Pues sí. No hacía falta tener conocimientos de ningún idioma, ya fuera hablado u oído, pues el audífono traducía automáticamente cualquier palabra que alguien dijese en su lengua materna, para su inmediata comprensión. Asimismo, la gargantilla actuaba de forma inversa. Es decir, cuando el «turista» pronunciase algo, directamente se le escucharía en el habla del lugar. Una tecnología fabricada por Google. Uno de los mecenas de *Wells 15*.

Escogió traje cruzado *mil rayas*, sombrero tirolés y zapatos *Ludwig Reiter*, propios de la clase media-alta austríaca. Lo mejor era hacerse pasar por alguien notable para «meterse hasta la cocina» si hiciera falta. Estuvo a punto un par de veces de echarse para atrás. Sin embargo, siempre se hacía la misma pregunta: ¿por qué no? Eran sus

últimas horas de trabajo. Nunca más volvería allí. Como su «paseo» no decidiría el futuro, es decir, el presente, no necesitaba ningún disco duro portátil al que cargar de datos. Sería un visto y no visto.

Antes de meterse en una de las «campanas» -como llamaban a las extraordinarias máquinas-, comprobó que llevaba dinero austríaco de la época, se colocó bien el traje, dejó su uniforme militar y la M4 bien puestos en una taquilla y, tras tragar saliva y persignarse, pulsó el botón.

ABRIR.

...

CERRAR.

Las flores inundaban los campos y la montaña. Un sol radiante, deslumbraba de manera apabullante. El aroma de la estación más bonita de año embriagaba a cualquiera. Y más, en los Alpes austríacos. Era 20 de abril de 1889.

Antes de bajarse comprobó que la temperatura exterior era de unos 20 grados centígrados. Maravilloso. Escondió la «campana» entre unos arbustos -al ser de aluminio y tener forma esférica era fácil de mover, pues rodaba como una pelota- y la puso en «modo entorno», para que se mimetizara con el lugar y se camuflara con él. La brújula, para guiarse, y un pilotito rojo de la nave que siempre permanecería encendido, la harían localizable para cuando decidiese regresar.

La pequeña e idílica localidad de Braunau am Inn se sitúa justo en la frontera con el estado alemán de Bavaria. Se encuentra a unos noventa kilómetros de Linz y a unos sesenta de Salzburgo. Su hermosa iglesia del siglo XV, es visible desde los alrededores gracias a su torre de noventa y nueve metros de altura. Algo que impresionó al muchacho. Eran las 18:20 horas. Adolf estaba a punto de nacer en la Posada de la familia Dafner. Debía darse prisa. Se haría pasar por un funcionario público de la capital, perteneciente al censo, que daría fe del nacimiento para inscribirlo en el registro.

Andando a ese ritmo no le daría tiempo, así que optó por ir a paso ligero sin llamar mucho la atención.

¡Ahí es!

Entró en la pensión, subió las escaleras y abrió la puerta de la única habitación de donde salían gritos. Se hizo el silencio. Todos le miraron. Y llegó el problema...

—Wer sind Sie?

¡Maldición!, pensó.

—Entschuldigen Sie mich, was machst du denn hier?

¡Mierda, esto no funciona!

Y se tocó el minúsculo audífono colocado en su oreja derecha. Todos le clavaban la vista, incluso la parturienta, y él solo sabía sonreír. Sudaba mucho.

¡Vamos, vamos!, se decía una y otra vez mientras se hurgaba en el oído. La situación era muy violenta. Demasiado.

—Reagieren!

Se estaban enfadando. Miró la hora. Las 18:28. Quedaban dos minutos.

—Reagieren! Wer sind Sie! Wer sies usted! ¡Quién es usted!

¡Por fin!

—Disculpen. Desde que me operaron hace dos semanas ando un poco sordo y no les escuchaba bien. Lo siento. Mi nombre es... es Hermann Göring —el primer nombre que se le vino a la mente—. Soy del Registro Civil.

—Tome asiento, señor Göring. Está a punto de venir al mundo —dijo Alois, padre de la criatura.

Klara, la madre, chillaba de dolor. La señora Dafner hacía de matrona.

—¡Ya viene! ¡Es un niño! —Exclamó.

Nuestro particular «turista» no daba crédito. Estaba asistiendo en directo al mismísimo parto de Adolf Hitler. ¿Cuántos hubieran sido capaces, en ese momento, de decir que «sí» a la encuesta que planteaba *The New York Times*? Era un bebé, por el amor de Dios. ¿Quién se habría atrevido a matarlo? Ya lo dijo Ortega y Gasset: “*El hombre y sus circunstancias*”. Por lo tanto, y quizás, ese niño criado en otro lugar y entre otras personas, hubiera llevado una vida diferente. ¿O es el mal inherente al propio ser humano? ¿Habría tenido la misma condición de haber crecido fuera de esas fronteras y con otra familia? Preguntas difíciles de resolver... a menos que se llevaran a la práctica.

—¿Está usted bien? Le veo muy pálido... oiga... ¿le sucede algo?

Las palabras le sonaban con eco. Parecía que estuviesen en un túnel. Hasta que Herr Göring se desvaneció. Claro síntoma de la fuerte tensión emocional de los viajes al pasado. Un «turista» normal se llevaba semanas preparándose para un «paseo». Él, ni cinco minutos.

—Despierte, señor. Despierte.

—¿Dónde estoy?! —Dijo sobresaltado.

—No se preocupe. Se desmayó ayer —un bebé lloraba sin parar de fondo.

—¿Ayer?!

—Sí, pero bueno, tranquilícese. Hoy es domingo y, supongo, que no trabajará.

—No... no... claro... claro que no...

Por mucho tiempo que me lleve en esta época, si luego regreso al momento exacto en el que partí, no habrá problemas, caviló.

—Mi nombre es Klara y, como ya comprobó usted antes de caer redondo al suelo, ese que se escucha fuera es el pequeño Adi.

—Sí... por supuesto... Adolf... claro.

—Le veo aún algo aturdido, señor Göring. Siga descansando. Mi marido ha salido y yo debo ir al médico. Mi hermana pequeña, Theresia, está abajo para todo lo que necesite. Espero que Adi no le moleste mucho. Ahora parece que se ha callado. Ojalá se haya quedado dormido.

—Gracias... gracias.

La bella mujer le dedicó una sonrisa y cerró despacio la puerta del dormitorio.

Debo marcharme, ya, se dijo a sí mismo, mientras se levantaba de la cama.

Su ropa estaba muy bien doblada en lo alto de una robusta cómoda de roble, junto a la ventana. Se asomó por ella y vio marcharse a la madre del futuro dictador. El paisaje era increíble. Se veía mucho trasiego de gente. Natural, vendrían de misa. Se vistió a toda prisa y abrió la puerta con cautela. En la habitación de al lado observó de reojo una preciosa cuna artesanal. No se podía marchar sin verle de cerca. Se adentró en aquel cuarto tapizado con papel de rosas y allí estaba observándole. La reencarnación del mal. Como aquella película, *La profecía*. Con esos ojos azul intenso y la cabeza poblada de cabello negro azabache. Le miraba fijamente. Sin parpadear. Parecía saberlo todo de él. Quién era. De dónde venía. Hacia dónde iba. Apartó la mosquitera y lo cogió. Frente a frente. Cara a cara. ¿Estaría sujetando al mismísimo diablo? Posiblemente. Pero solo era un recién nacido. Olía a bebé. El contraste era indescriptible: ternura y miedo a partes iguales. Mucha dulzura. Aunque también, mucho miedo. Las manos comenzaron a sudarle. No podía dejar de mirarle. Estaba hipnotizado.

—¡Ya he llegado! —Vociferó con su tono grave Alois, desde la planta de abajo.

El chico se asustó. Sus manos le temblaron. Miró hacia la puerta. Y el bebé se le cayó de los brazos. Sonó un fuerte golpe.

—¡Adi! ¡Adi! —Gritó el patriarca, corriendo escaleras arriba.

El funcionario al que había atendido amablemente se le cruzó corriendo escaleras abajo. El imponente guardia fronterizo, con su impecable uniforme, se le quedó mirando estupefacto y continuó subiendo hasta la habitación de su hijo. Mientras, el «turista» huía sin tregua. Corría sin parar.

—¡¡¡Nooooooo!!! —Escuchó a lo lejos. Era Alois, al ver a su bebé yacer en el piso sobre un charco de sangre. La esquina del arcón también estaba manchada. Su cabecita habría impactado sobre él.

No respiraba. El pequeño Adi había muerto.

¡Dios mío, perdóname! ¡Qué he hecho! ¡Le he matado! ¡Era tan solo un bebé! ¡No era mi intención! ¡Se me resbaló!, se martirizaba por dentro.

Miró su brújula y, llorando, encontró la «campana». La hizo visible, se introdujo rápido en ella, metió las coordenadas y puso fin a su triste y agónico «paseo».

En el exterior de la cabina reinaba la oscuridad absoluta, con reminiscencias de lo que parecían auroras boreales. Mientras viajaba por el espacio-tiempo, no dejaba de pensar en que el futuro habría cambiado. El presente al que regresaría sería distinto. Cruzaba los dedos para que los efectos fueran mínimos. Rezaba –increíble, pero cierto- para que otro loco hubiera desencadenado los terribles acontecimientos que Hitler desató. En definitiva, que la línea de tiempo a la que estaba a punto de volver, se pareciera lo más posible a la que dejó. Sabía que la única forma de solucionar ese entuerto cronológico era regresar a un pasado anterior al nacimiento de Hitler y frenarse a sí mismo. Es decir, tenía que parar los pies a su *otro yo*, y que aquella inesperada visita del trabajador del Registro Civil a la Posada Dafner, nunca se produjese. Utilizaría la otra «campana» para desplazarse, ya que la que estaba utilizando se quedaría sin combustible. Las baterías de Xerum 525 solo daban para un solo «paseo» de ida y vuelta. Luego había que recargarlas. Una tarea que llevaba varios días. Por fortuna, se construyeron dos máquinas.

Llegó.

ABRIR.

Tenía los ojos cerrados. No se atrevía a mirar. ¿Seguiría todo igual? ¿Y por qué no? ¿Acaso ese viaje era diferente al resto de misiones? En todos se cambiaba algún aspecto clave de la Historia. Aunque, claro, esos cambios se provocaban tras un deliberado y concienzudo estudio que garantizaba al 99,99 % las mismas condiciones socioculturales y, en

definitiva, de vida, en el planeta. Es decir, a modo de ejemplo, si cambiamos un jarrón de sitio o se nos cae al suelo, ambas situaciones no afectarán en prácticamente nada a la organización y disposición de nuestra casa. Todo seguirá tal cual. El problema vendría si ese jarrón se nos cae en un pie o si lo rompemos estampándolo contra la cara de nuestro vecino. Ambas posibilidades traerían -funestas- consecuencias más allá de la propia rotura del objeto.

Fue poco a poco levantando sus párpados. Borroso... menos borroso... más nítido... más claro... cara de sorpresa...

—¡Magnífico! —Exclamó de alegría.

Todo estaba como lo dejó. Bueno, todo, salvo un dichoso mosquito que no paraba de incordiarle y del que no se percató a su ida. Antes de cambiarse o cualquier otra cosa, lo primero que hizo fue correr hasta un ordenador y teclear “A D O L F H I T L E R” en el buscador. El PC se puso a pensar. Nada. Le dio otra vez a *Enter*, pero seguía sin aparecer ninguna referencia. Comprobó que lo había escrito bien y lo intentó una tercera vez. Sin resultados. Ahora probó suerte con “S E G U N D A G U E R R A M U N D I A L”. Tampoco. Las páginas resultantes solo hacían mención a la Gran Guerra. Ningún atisbo de que un segundo conflicto bélico a escala internacional se hubiese producido durante el siglo XX.

Hitler solo vivió unas horas. La paz reinó entre 1939 y 1945, confirmó con la mirada perdida.

El mosquito no le dejaba en paz. Revoloteaba por todo su cuerpo. Enfurecido, cogió una libreta y fue a por él. Después de varios intentos de aplastamiento infructuosos, acabó escapando por la rendija de

ventilación. Hecho tras el cual, comenzó a reírse. Fue un momento surrealista. Incluso, de poca cordura. No podía parar.

Esto no me puede estar pasando. He matado a Hitler y lo único que me preocupa es cazar a un dichoso bicho.

Comenzó a dar vueltas por las instalaciones. Ora se sentaba, ora se ponía de pie. Otra vez daba vueltas. Meditaba. El reloj marcaba las... y cambió de opinión.

¿Y si no vuelvo a «pasear» y lo dejo todo cómo está? Me acabo de convertir en el Salvador del mundo. He acabado con la vida de uno de los seres más monstruosos que ha conocido la humanidad —le picaba mucho el cuello y no paraba de rascarse—. Puedo salvar a millones de personas de la muerte. Quién salva una vida, salva al mundo. Nadie lo sabrá nunca. Será un gran orgullo y una satisfacción personal. El día de mañana se lo contaré a mi hijo.

Todo comenzó a nublarse. Todo se fue a negro.

—Dick, bebe —insistía su compañero mientras le daba agua de una botellita.

—¿Quién eres?

—Soy Philip —confirmó sin quitarse la máscara de gas.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es? —Preguntó llevándose las manos a la cabeza y aquejándose de un terrible dolor. Había perdido mucho peso. Estaba deshidratado y lleno de llagas por todos lados.

—Estás infectado y muy débil. Debo sacarte de aquí a toda prisa. Además, el Área no es segura. Somos un posible objetivo del enemigo.

—¿Cómo? ¿Infectado? ¿Qué hora es?

—Te daba por muerto. Has pasado una semana aquí totalmente solo, amigo mío. No sé cómo has podido sobrevivir. Es un milagro. Desde lo ocurrido ahí fuera, nadie ha vuelto a entrar. Estamos evacuando a los pocos que habéis resistido.

Le echó un brazo por debajo del suyo y se llevó el otro a la espalda. Caminaban con cierta dificultad. Apenas podía mantenerse en pie. Apenas podía hablar.

—Philip, por Dios, ¿qué ha sucedido?

—El Presidente le ha declarado la guerra a Rusia. No hay vuelta atrás. Se han comenzado ya a lanzar armas nucleares. El desencadenante, el virus que el Kremlin soltó en suelo norteamericano. En los últimos días han muerto millones de estadounidenses. Y ahora, parece que ha llegado hasta Europa y otros continentes. Nuestros científicos la han identificado como una extraña cepa de la llamada «gripe rusa». Una extinta enfermedad con foco en San Petersburgo, que asoló el mundo a finales del siglo XIX y que los rusos guardaban en sus laboratorios. Se propaga a gran velocidad. Hay mucha ira. Mucha violencia. Desde luego, no sé si será el contagio, pero es como si se hubiese liberado un gran brote de maldad.

El moribundo miembro del ejército no daba crédito. Miraba una y otra vez hacia atrás. Hacia las «campanas». Dudaba. Era inevitable pensarlo. Así que se paró, y comenzó a gritar a su compañero.

—¿Cómo ha ocurrido todo?!

—No sé...

—¿Cómo ha ocurrido todo, por favor?! ¡Explícamelo!

—Pues... se especula con la utilización de insectos para su propagación... o nos damos prisa o morirás.

Dick miró entonces la maldita rendija de ventilación.

—Todo... todo... ha sido culpa mía... yo soy el único culpable... se introdujo en la cabina sin que me diera cuenta... debí revisarla antes de ponerla en marcha...

—Estás delirando. No sabes lo que dices.

—Hay que volver... regresar a Austria...

—¿De qué hablas, amigo?

—Déjame aquí... yo arreglaré este infierno... salva a mi mujer y a mi hijo...

Philip enmudeció. Era terrible, pero tenía que contárselo.

—Lo siento mucho, pero he de decirte que tu familia...

Sonó el *walkie*.

«Doolittle 1», tiene que salir ya. El mando central nos necesita. Otros países acaban de unirse a nuestra causa y han iniciado acciones hostiles contra Putin.

—¿Has escuchado, Dick? ¿Dick? ¡Dick!

Estaba arrastrando a un cadáver. Había fallecido.

Tristeza. Silencio.

—Descansa en paz, soldado. Ahora te reunirás con los tuyos.

Le tumbó, corrió hasta lo que parecía un armario, cogió una americana *mil rayas* y tapó su rostro.

Volvió a sonar el *walkie*.

«Doolittle 1»... «Doolittle 1», ¿me ha oído? ¡Responda! ¡Márchese de ahí! ¡Es una orden! ¡Acaba de comenzar la Segunda Guerra Mundial!

¿Creéis que cambiar el
pasado mejoraría nuestro
presente?

